

## V

Dos meses antes del día en que llegaron á Egea los propietarios del palacio, uno de los albañiles cayó de un andamio y falleció á las cuarenta y ocho horas de resultas de la caída.

Su pobre mujer quedó con tres niños, de los cuales el mayor sólo tenía siete años, y tuvo que resignarse á vivir de la caridad del vecindario.

Doña Severa le daba cada día el almuerzo, y además vistió y calzó á las tres criaturas, que se hallaban completamente desnudas; pero, como si la suerte hubiera querido agobiar con todos sus rigores á la infeliz viuda, el mayor de sus hijos fué atacado de una grave enfermedad, á la que el médico dió el terrible nombre de calenturas malignas.

El año anterior había habido en un pueblo cercano una fiebre que había hecho muchas víctimas; y al oír el nombre de la enfermedad del hijo de la viuda, todos se pusieron á temblar y huían de él como de una cosa apestada.

La pobre mujer, que sólo vivía de la caridad, se encontró, pues, sin auxilio alguno, aislada y abandonada de todos en su angustiosa situación.

Ya se le habían acabado todos los recursos. Ha-

bitaba á la salida del pueblo en una casita arruinada, de la que únicamente quedaba en pie un cuarto en el patio; pero en tal estado, que el agua penetraba por las paredes y las yerbas nacían en los rincones.

Era una noche, y hacía cuatro días que había llegado la familia de Montereal.

Á la calma de la Naturaleza, había sucedido por la tarde una tempestad de esas tan frecuentes en el mes de Abril, que había quedado en una copiosa lluvia de temporal.

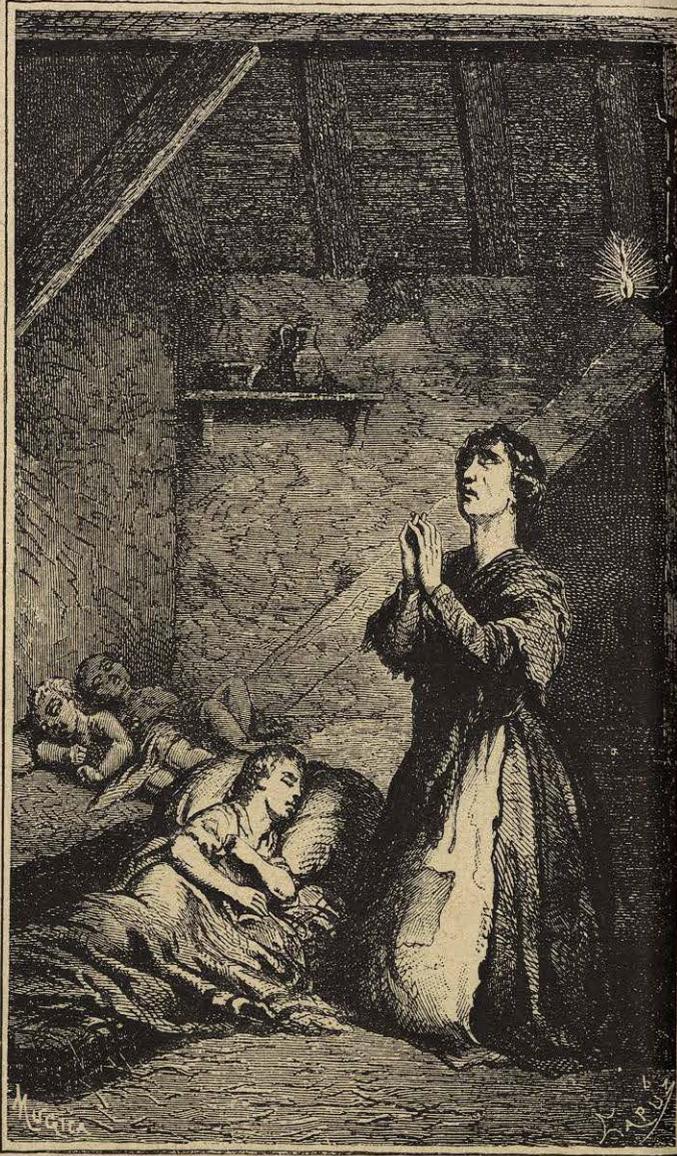
El niño enfermo se hallaba acostado en la única cama que había en la mísera estancia, y que se componía de un jergón y de una manta rota y agujereada en mil partes; las paredes, húmedas y salitrosas, dejaban aquel día pasar más humedad que de costumbre, ó más bien, estaban completamente mojadas.

No había en la estancia más muebles que una mesilla vieja, una silla rota, algunos cacharros groseros colocados en una tabla, y el jergón donde descansaba el enfermo.

Los otros dos niños se hallaban acostados juntos en un pedazo de estera, vestidos con sus miserables harapos por no tener su madre nada con qué cubrirlos, y temblando de frío.

Un candil colgado de un clavo alumbraba aquella triste escena.

El fogón de barro, pues la estancia carecía de hogar, estaba apagado y cubierto de frías cenizas.



¡Oh, hijos míos! ¡qué habéis hecho para que os dejen morir sin amparo y sin socorro!

La viuda, sentada al lado del miserable lecho en un banquillo de madera, tenía el semblante oculto entre ambas manos y lloraba desoladamente: era una mujer alta y con señales de haber sido bella, pero espantosamente flaca y demacrada.

Sus sollozos eran violentos y desesperados.

De cuando en cuando alzaba el semblante, dirigía una mirada de extravío á su doliente hijo y dejaba escapar un suspiro de convulsivo dolor.

—¡Oh, hijos míos!—exclamó levantándose del banquillo y dejándose caer violentamente de rodillas en medio del cuarto:—¿qué habéis hecho para que os dejen morir sin amparo y sin socorro? ¿Dónde está la caridad? ¡Por qué, al dejar vuestro padre este mundo, no alcanzó de Dios que nos llevase con él á todos! ¡Dios!—repitió la desdichada.—¡Dios está sordo á mis ruegos! ¡Cuánto le he rezado! ¡Cuánto he llorado de rodillas! ¡Y nada..., nada! Vosotros morís aquí, á mi vista, como canes abandonados: ¡unos de hambre, otro consumido por la enfermedad! ¿Dónde está esa misericordia divina de que tanto nos hablan en la iglesia y en los sermones, que tanto alaba el padre Matías?

La desgraciada mujer, sin dejar su postura, volvió á esconder el semblante entre las manos.

Apenas hacía dos minutos que se hallaba en tan desesperada actitud, cuando llamaron á la puerta.

—¿Quién va?—preguntó la viuda, asombrada de que hubiese quien se atreviera á ir á su mísera y apartada vivienda á aquella hora, pues eran las diez de la noche y llovía además á torrentes.

—Abra usted—dijo una voz de mujer.

La viuda abrió.

Una bocanada de aire frío y una ráfaga de lluvia penetraron por la puerta y apagaron la luz.

La viuda se puso á temblar.

—Nada tema usted—dijo la que entraba:—soy doña Severa. Yo cerraré la puerta. Encienda usted la luz.

La viuda obedeció: encendió de nuevo el candil, y se volvió á mirar á la que llegaba.

Traía la señora en la mano una cesta con tapas. Sus vestidos estaban empapados. Llevaba en los hombros un pañolón negro y un pañuelo de seda en la cabeza, pero de todo destilaba el agua en abundancia.

—¡Señora! ¡Salir en una noche como ésta!—exclamó la viuda.—¿Sabe usted que le puede costar cara su imprudencia?

—La tía Homobona está menos fuerte que yo, Petronila, y el estado de usted y el de estas criaturas no consentían espera—observó doña Severa.

—Vamos, no pensemos en mí: aquí tiene usted caldo para el enfermito; chocolate, azúcar, carne y arroz para usted y los pequeños, y dinero para pan. Si he dejado de venir dos días, ha sido porque la jaqueca me ha tenido en cama, y esta vez

me dió con vómitos y tos nerviosa; pero hoy me levanté, y así que todos se acostaron, vine. En el suelo de la cesta encontrará usted un poco de carbón: caliente usted caldo y déle una tacita al niño.

—¡Y yo dudaba de Dios!—exclamó la pobre mujer.—¡Ah, señora; usted que es tan buena, ruéguele que me perdone!

—Jamás se debe dudar de su divina é inagotable bondad—repuso doña Severa:—Dios no nos desampara nunca. ¿No ha venido el padre Matías?

—No, señora: hace tres días que no le veo.

—Está velando y cuidando en la aldea vecina á un pobre anciano, y además ayer predicó... Pero, ¿qué veo? ¿No enciende usted la lumbre, Petronila?

La infeliz mujer probó á levantarse; pero se hallaba tan débil, que no le fué posible hacerlo.

Doña Severa se aproximó al fogón, puso en él el combustible que sacó de una cesta, encendió una pajuela, y la aplicó soplando con la boca, por no encontrar otra cosa.

En seguida acercó el caldo y le calentó, dando una taza á la madre y otra al niño enfermo.

—Señora—exclamó Petronila,—no se aproxime usted al niño: dicen que la fiebre que padece es de las malignas. ¡Ni el médico quiere acercarse á la cama! Yo le daré caldo poquito á poco, porque soy su madre y nada me importa el peligro tratándose de aliviarle.

—No pensemos en eso—dijo doña Severa pasando su brazo por detrás de la cabeza del enfermo:—yo le daré el caldo. Vamos, Petronila; si está usted ya más recobrada, ponga usted á guisar esa carne con arroz, porque usted necesita algo más que caldo, y el sueño de esos pequeños me parece muy tranquilo.

—¡Ah, señora!—exclamó la viuda;—¡si las gentes del pueblo supieran lo buena y caritativa que es usted! Pero usted oculta la caridad, del mismo modo que si fuera algún delito.

—La caridad, para ser agradable á Dios, ha de ser secreta, Petronila; y lo primero que encargo á todos los que de mí reciben algún socorro, es que nada digan.

—¡Pero es que nadie sabe lo buena que es usted, al paso que hay otros que apenas dan y lo cacarean tanto!...

—Cada uno obra según su conciencia le aconseja.

—¡En el cielo se lo hallará usted, señora!

—Así lo espero, aunque lo que hago merece muy poco.

En aquel momento llamaron de nuevo á la puerta.

—¿Quién es?—preguntó la viuda.

—El padre Matías; abra usted, Petronila.

—¡Ah! ¡Ya decía yo que tampoco podría olvidarme mi bienhechor!

El religioso llegaba tan calado como doña Se-

vera; por cada pico de su sombrero caía un chorro de agua; entró en la misma habitación y se dejó caer en una silla abrumado de fatiga.

Su semblante se hallaba cubierto de una palidez mortal.

Doña Severa sacó de la cesta, que ella misma había traído, una botellita de vino, echó como dos dedos en un vaso que vió sobre la mesilla de la viuda y se lo dió á beber al padre Matías.

—¡Ya ha muerto!—murmuró éste:—¡esa fiebre es un azote del cielo!

—¡Qué! ¿El tío Jeromo ha muerto de la fiebre, padre Matías?—preguntó doña Severa.

—Sí, señora—respondió el sacerdote.

El padre Matías bebió el vino que le ofrecían, y devolvió el vaso á doña Severa; pero advirtió que, al tomarlo, temblaba la mano de la caritativa señora.

—¿Qué es eso?—preguntó mirándola con terror:—¿se siente usted mala?

Doña Severa se dejó caer en el banquillo descolorida y trémula.

Entretanto el enfermo, reanimado con el caldo que había bebido, se había sentado en su lecho, y sus dos hermanitos se habían despertado con el grato aroma que despedía la carne que se cocía en el fogón: ambos se levantaron, y, asiéndose á la falda de su madre, exclamaron:

—¡Tenemos hambre, mucha hambre!

—Ahora comeréis, corderos míos, gracias á

esta buena señora: id y besadle la mano de rodillas.

Los dos niños obedecieron, y estrechando la mano que doña Severa dejaba caer inerte y fría á lo largo de su cuerpo, la besaron uno después de otro.

—Petronila—dijo el padre Matías,—tome usted tres duros que me ha valido el sermón que prediqué ayer: dé usted de comer á estos niños... Mañana iré á pedir por las casas, á ver si reuno limosna para que pueda usted comprar un colchón para el pobre enfermito.

—¡Ah, padre Matías!; ¡usted pedir limosna para mí!—exclamó llorando Petronila.

—Cuando yo no tengo, debo pedir á los que tienen: yo espero que me darán, porque hay en el pueblo gente que puede, y además iré al palacio y me prometo sacar de allí un buen socorro, porque el señor joven es muy amable y muy simpático; en fin, Petronila, buen ánimo, que Dios no falta á nadie... Pero doña Severa está inmóvil y fría... ¡Dios mío, qué descolorida se ha puesto!

—Señora..., señora..., ¿qué siente usted?—preguntó la viuda aproximándose;—¿está usted mala?

—Sí—respondió doña Severa;—mi cabeza arde..., mis miembros también...; ¡todo da vueltas en torno mío!

—¡Esto es la fiebre, Dios mío!—exclamó el padre Matías.—El haberse mojado tanto al venir...; esta atmósfera inficionada... ¡Ah, pobre se-

ñora! Vamos, vamos; salgamos de aquí; salgamos, señora, al aire libre; la llevaré á usted á su casa y se llamará al instante al médico. Aquí no hay socorro de ningún género para usted... ¡Vamos, no nos detengamos!

Doña Severa levantó con trabajo su cabeza, que pesaba como si fuera de hierro y que abrasaba como una fragua ardiendo.

Hizo después un esfuerzo supremo y se asió al brazo del religioso, que la sacó casi arrastrando de la mísera vivienda.

Petronila, afligida, cubrió de nuevo las espaldas de su bienhechora con el pañolón que se había quitado, y su cabeza con el pañuelo de seda que había tenido cuidado de secar al fuego.

Doña Severa apenas podía andar ni tenerse en pie.

Cuando salió con el padre Matías á la campiña, ya la lluvia había cesado.

La luna había aparecido en el cielo, y el campo exhalaba ese penetrante perfume de la tierra que abre su seno para recibir la fecundante lluvia.

Algunas personas se hallaban en los balcones y hablaban con sus vecinos de un lado á otro de la calle por donde debía pasar el padre Matías sosteniendo á la bondadosa señora, víctima de su caridad.

En aquella calle estaba situada la botica, y á la puerta se hallaban las hijas de la boticaria; en

un piso bajo de la casa de enfrente estaban la escribana y las suyas.

Hablaban de la tormenta y de las luces que cada una tenía la costumbre de encender al santo de su devoción.

—Á mamá—dijo la hija mayor de la escribana—todas le parecen pocas, y pone nada menos que un altar.

—Nosotras—observaron las boticarias—encendemos dos cirios que han alumbrado al Santísimo Sacramento, y rezamos una parte de rosario.

—¡Calla!—dijo la escribana:—¿quién viene por allí? ¡Me parece que veo el sombrero del padre Matías!

—¡Ciertamente! ¡Él es!; ¡y trae una mujer en los brazos!

—¡El padre Matías!

—¿No le ven ustedes? Ya está muy cerca y camina por la luna: ¡miren ustedes á Palomo!

—¡Cierto, cierto! ¡Él es!; ¡trae á una mujer en los brazos!

—¡Qué escándalo!

—¡Qué vergüenza!

—¡Un ministro del altar!

—¿Y quién será ella?

—¿Doña Severa?

—¡Claro está! Y luego se hace la grave y la prudente, y tiene á sus pobres sobrinas sin respirar.

Las maldicientes callaron.

Llegaban entonces el religioso y su compañera, que andaba lentamente, aunque esforzándose todo lo posible.

El rumor de las voces hirió los oídos de la enferma, que se puso á temblar.

—¿Qué es eso, señora?—le preguntó el padre Matías:—¿se siente usted peor?

—¡Ay, Dios mío! ¡Qué van á decir esas gentes!—exclamó doña Severa.

—¡De qué?—preguntó cándidamente el padre Matías.

—¡De vernos á estas horas!

—Digan lo que quieran, señora; lo que yo desearía es que estuviera usted buena y sana.

—¡Hablaban ya tanto de nosotros! Por el pueblo corría la voz de que teníamos conferencias misteriosas, y como esto es verdad...

—¿Y qué objeto tenían esas conferencias? Hablar, señora, de sus limosnas secretas. Pero si hablan, ¿qué le hemos de hacer? Nadie se libra de una mala lengua.

Al decir esto, pasaron doña Severa y el padre Matías por entre los vecinos que se habían ido reuniendo en las dos casas.

Cuando aquéllos se hallaban á alguna distancia, estallaron de nuevo las risas y las hablillas.

—¿Ve usted lo que dije?—balbuceó doña Severa.—¡Dios mío! ¡Á nuestra edad! ¿Cómo no se les ocurre que puedo ir enferma?

—¡Mañana diré yo la verdad!—exclamó el padre Matías.

—¡No, no!—repuso la anciana;—nada de eso: no quiero que sepan que he dado aquello poco á Petronila. Hice voto de ejercer la caridad en secreto, una vez que estuvo mi pobre padre á la muerte... No me haga usted faltar á él..., y... Dios me juzgará.

—Chicas—dijo la hija mayor de la boticaria á sus amigas las de la escribana,—¿vamos á hacer una cosa?

—¿Qué?

—Vamos á seguir á la pareja, para ver si es doña Severa la que va con el padre Matías.

—Vamos allá.

Cinco sombras se deslizaron pasito á paso tras de la anciana señora y el buen sacerdote, que se dirigieron, en efecto, á casa de la primera.

Llamó el padre Matías, abrió la tía Homobona, y los tres desaparecieron tras la puerta.

Las cinco malignas jóvenes echaron á correr y dijeron á sus familias que no se habían engañado en sus sospechas.

## VI

Á aquella misma hora, la señora de Montereal, su pupila y su hijo se hallaban reunidos en el salón de su casa, aburriéndose de una manera extraordinaria.

Sobre la chimenea ardían dos candelabros cargados de bujías; y además, en cada una de las mesas laterales había encendidas dos lámparas magníficas, y otra, que no lo era menos, en el techo.

Doña Gertrudis y Clemencia estaban vestidas con tanto esmero y buen gusto como si fuese noche de una numerosa recepción: llevaba la joven un traje de seda de color claro, y algunos brillantes reían entre los abundantes bucles de su sedosa cabellera rubia.

La anciana llevaba un rico vestido de seda negro con encajes y hebillas de azabache.

Cada una de las dos damas se hallaba sentada en un sillón...

Clemencia empezaba á dormirse en el suyo.

Carlos hojeaba un libro; pero se cansó muy pronto, y se puso á pasear por la sala tarareando una canción.

—Calla—dijo su madre:—Clemencia se duerme.

—¡No deja de ser eso muy político!—exclamó el joven.

—¿Y qué ha de hacer la pobre niña? Se aburre...

—Á mí me pasa otro tanto—repuso Carlos,—y, sin embargo, no me duermo delante de ella. Mamá, Clemencia está muy mal educada.

—¡Calla, hijo mío, que te puede oír!

—¡No me importa! ¡Está mal educada, lo repito!

—¡Pero es tan rica!

—¿Y yo para qué quiero su riqueza? ¿Acaso soy pobre?

La opulenta viuda miró sorprendida á su hijo: jamás le había oído expresar semejantes ideas, y creía que apreciaba la opulencia como el supremo bien.

—¿Te sería indiferente que fuese pobre?—le preguntó.

—No por cierto; pero la quisiera de otro modo. Esta niña piensa que, con ser rica, está dispensada de todo: no tiene buenas maneras ni conversación agradable, ni habilidad para nada. Ahora que la boda está próxima, me asusto en pensar en ella.

La madre miró al hijo verdaderamente asustada de lo que oía.

—¿Sabes—le dijo—que te encuentro muy variado en tu modo de pensar? Yo no sé lo que te mete en la cabeza ese cura que has conocido aquí; pero lo cierto es que te la ha trastornado por completo.

—Madre mía—repuso Carlos con gravedad,—no negaré que ese hombre (el más grande, á mis ojos, que hasta ahora he conocido) ha abierto á mi pensamiento caminos extraños y llenos de luz: el último sermón que le he oído me ha dejado asombrado.

—¡Cómo! ¿Has ido á la iglesia?

—Sí, señora: el suyo ha sido el primer sermón entero que he oído en mi vida, pues aunque algunas veces he entrado en la iglesia por curiosidad, ésta no ha podido resistir al hastío que me causaban las frases rutinarias y vulgares que oía.

—¿Y ese hombre predica bien?

—Como si el Espíritu Santo hablase por su boca. El tema de su sermón ha sido la santidad del matrimonio, y desde que le he oído me asusto al pensar que le voy á contraer con esa joven.

Y Carlos señaló con una mirada de desdén á la dormida Clemencia.

—Mira, hijo mío—dijo la señora de Montreal:—vuélvete á Madrid, vete á París ó adonde te acomode, en tanto que llega la época tan cercana ya de la boda; recobra tu alegría y tus bellas ideas, y déjate de hacer el misántropo y de oír á ese pobre cura, que tiene más de extravagante que de santo.

—Madre mía—respondió el joven,—yo procuro volver á mi antiguo buen humor, y para entretener el tiempo he buscado aquí una intriga en la que—te lo confieso—tengo hasta algo intere-

sado el corazón: he hallado á una joven que se parece á Atenais.

—¿Qué dices? ¿Dónde la has visto?

—En un balcón, la tarde que llegamos. He hecho que Sebastián, mi ayuda de cámara, se informe de quién es y cómo se llama, porque no me he atrevido á hablar de esto al padre Matías.

—¡Vaya una cortedad extraña!

—No la puedo remediar, madre mía.

—¿Y qué te han dicho las averiguaciones de la buena alhaja de Sebastián?

—Que es una joven de una familia decente; que es huérfana y está al cuidado de una solterona ridícula que hay aquí, llamada doña Severa; y que tiene un hermano, mayor que ella, estudiando en la ciudad, con poco provecho hasta ahora.

—¿De modo que esa joven es pobre?

—Vive á expensas de su tía; y además ésta, que posee, según dicen, una fortuna regular, la hace coser ropa para las hidalgas del pueblo, á fin de que se pueda vestir con el producto de su trabajo. Con las mismas condiciones de generosidad tiene también á otra sobrina.

—¿Y esa es bonita?

—Para los ojos de esta gente, no pasa hoy de ser una muchacha fresca y bien parecida; los míos, que son más conocedores, han adivinado en ella una futura beldad.

—Pues mira, hijo mío—dijo la americana con una sencillez que disculpaba el cinismo que en-

volvían sus palabras,—dedícate á sacar, si quieres, el mejor partido que puedas de las dos..., pero no te comprometas.

—¿Y cómo, mamá? Estas labriegas son inabordable. Á mí se me va el alma tras de la menos apreciada aquí, que es la que se parece á Atenais y se llama Avelina, y aunque para estas gentes nada vale su figura dulce y delicada, á mí me enajena. Pero, ¿cómo podré hablarle?; ¿cómo lograré entrar en casa de esa solterona feroz y beata? He hecho lo único que podía hacer, pero sin resultado.

—¿Y qué ha sido?

—He pasado por su calle todos los días, desde aquel en que la vi: la he hecho señas expresivas, la he mirado durante algunos minutos, parado debajo de su balcón...

—¿Y nada has conseguido?

—Nada: me mira, se pone muy colorada y se retira; viendo que nada consigo así, voy á emplear otro medio, y es el de hacer el amor á su prima.

—¿Á la que promete ser una beldad?

—Justamente: esa no huye cuando la miro, ni se pone tan confusa como Avelina, á pesar de tener un año menos.

—¿Es decir, que haciendo señas á la menor, cuentas poder acercarte á la otra?

—No hallo otro medio.

—¿Y tienen novio?

—No, señora: es decir, un bestia que hay aquí, á quien llaman el Mayorazgo, ha hecho proposiciones á la menor, que es la rubia; pero ella no le hace caso.

—¿Y á la interesante copia de Atenais nadie le ha dicho...?

—Á esa nunca le ha dirigido nadie una palabra de amor; además, ella es tan delicada y los jóvenes de aquí tan palurdos, que no podría menos de reirse del que se atreviese á enamorarse de sus gracias.

—Hijo mío—observó la señora de Montreal con voz dulce:—no conocí á esa Atenais, que acaso sólo porque se murió llegó á interesarte. Tampoco conozco á esas muchachas de que me hablas; pero todos tus caprichos me complacen hasta el día, porque no perjudican en nada á mis proyectos respecto á tu enlace con Clemencia. De lo que anhelo que te libres es de una inclinación formal y grave; en lo que no quiero que pienses es en otra boda; por fortuna, creo que conoces bastante bien el mundo para saber que el amor no es necesario para nada en eso que llaman matrimonio, y que, en mi concepto, no es, ni más ni menos, que un negocio como otro cualquiera. Así, pues, negocio como el de la boda que tenemos proyectada no has de hacerlo en toda tu vida. Clemencia es una niña, á pesar de sus veinte años, con poco corazón y bastante frialdad en sus afectos; esta joven, así que sea tu esposa, no te molestará mucho,

porque se dedicará á comer, á dormir y á engordar.

Carlos asintió á la opinión de su madre con una sonrisa triste.

Ésta prosiguió con su ingenuidad de *madre joven* á pesar de sus sesenta años:

—Ya ves ahora que es tu novia, lo poco que se cuida de ti; aún menos lo hará cuando se case: quizá entonces se haga coqueta por algún tiempo; pero tú, hijo mío, tienes demasiado mundo y demasiado talento para que eso pueda mortificarte. Hoy bendigo ese capricho, ese inocente devaneo que te retiene á mi lado... Y ahora que recuerdo, en casa hay bastante ropa blanca que hacer, porque las doncellas se pasan el día charlando ó en el espejo: haré que llamen á una de esas jóvenes, ó á las dos si te parece, para que cosan aquí.

—¡Ah! ¿De veras, querida mamá?—exclamó Carlos.—Sin embargo, quizá se nieguen á venir á casa, pues aunque viven como de limosna, al fin son sobrinas de una de las personas decentes del pueblo.

—¿Y eso qué importa? Ellas vendrán muy contentas, y si ponen algún reparo, se vencerá ofreciéndoles aumentar la remuneración de su trabajo. ¡Eh!, está dicho: mañana les enviaré un recado; á toda costa quiero comprar tu permanencia á mi lado, tu distracción, tu tranquilidad y tu alegría.

—Gracias, mamá—dijo Carlos estrechando y besando la mano de la anciana.—Á la verdad, la

afección que siento hacia esa joven que se parece á Atenais, me preocupa más que otras que he sentido únicamente por algunos días. Avelina me recuerda á la que tanto amé. ¡Ah! si Atenais hubiera vivido y hubiera querido aceptarme por esposo, jamás me hubiera casado con otra. Yo estaba loco por aquella mujer, mamá. Ella me amaba...; á lo menos, así lo creía yo; y, sin embargo, nunca pude vencer su constancia para que me recibiese en su casa, para que saliese conmigo, para que cediese á esas exterioridades que dijese á los demás la ciega pasión que me inspiraba.

—Pero te aceptaba carruajes, brillantes y un sueldo de alfileres de cuatro mil reales mensuales: ¡no gastaste poco con ella y no te hizo perder poca salud! Ya recordarás que, alarmada por las cartas que recibía de París, fuí á verte, y te hallé tan pálido é inapetente, que llegué á temer por tu vida. Aquella mujer, según tus mismos amigos me dijeron, te tenía en una continua y cruel alarma hallándote siempre celoso, desesperado é infeliz.

Clemencia abrió los ojos en aquel momento, é incorporándose, cortó la poco edificante conversación de la madre y del hijo.

La joven tendió una mirada fría en torno suyo, y al ver á su prometido, un vivo color de rosa vistió sus mejillas, avergonzada de haberse dormido en su presencia.

—Perdón—dijo confusa:—me dejé dominar del sueño. ¿Es muy tarde?

Y sin esperar respuesta, sacó ella misma de su pecho un relojito de oro y miró la hora.

—Son las once—dijo:—¡qué temprano, y qué pesadas son aún las veladas! Señora, ¡qué lástima que no haya libros en casa! Leería algún rato.

—¿Leer tú, hija mía?—exclamó la madre de Carlos.—¿Y para qué es eso bueno?

—Según he oído decir, para distraer algunas horas de fastidio.

—Y también para cansarse la vista. Jamás te había ocurrido eso.

—Porque en Madrid teníamos la vida más ocupada; pero aquí es indispensable buscar alguna distracción: yo quiero probar á leer.

—En efecto, mamá—observó Carlos:—no hay en esta casa ninguna habitación dedicada á biblioteca?

—No, hijo mío; no he pensado en eso.

—Pues es necesario habilitar una: lo contrario es de muy mal tono. Yo encargaré libros á París, á Londres, á Alemania y á Madrid. Una biblioteca cuesta algunos miles de duros; pero es preciso tenerla, sobre todo en el campo.

—Pues yo creo que el dinero que cueste es un dinero muy mal empleado—observó la anciana;—sin embargo, si á los dos os complace, hágase. Que habiliten á vuestro gusto la sala verde.

—Iré mañana á la ciudad para encargar los primeros trabajos al mejor ebanista que encuentre; lo restante lo harán en París. ¿Tiene usted

predilección por algunos libros, querida Clemencia?

—Cuando yo me educaba en París—respondió la joven,—se elogiaba allí hasta las nubes á dos escritores: se llamaban Süe y Balzac; encargue usted sus obras para mí.

—Lo haré. Y ahora, ¿no querrá usted tocar el piano un poco, en tanto que nos sirven el té?

—Con mucho gusto.

Y la joven se sentó delante del piano, y se puso á tocar una preciosa aria de Bellini, llena de dulzura y de melodía.

En tanto que la ejecutaba, sus ojos parecían animarse; un suave sonrosado se extendía por sus mejillas y una tierna sonrisa entreabría sus labios.

Carlos la miró, y un pensamiento repentino atravesó su mente.

—¡Aquí hay alma!—se dijo;—no es una estatua de piedra, como habíamos creído. Clemencia es capaz de sentir y de amar.

Cuando llegó el alegre, que estaba lleno de valentía y de sentimiento, una densa palidez vistió las mejillas de la joven, y un temblor pareció recorrer todo su cuerpo: tal era la violencia de su conmoción.

La señora de Montereal agitó el cordón de la campanilla, y dijo al criado que se presentó:

—El té.

Un instante después, el aromático líquido humeaba en tazas de plata cincelada, colocadas so-

bre un velador de mármol y rodeadas de bandejas, también de plata, cargadas de dulces y pastas.

—¡Oh!; ¡ha tocado usted divinamente!—dijo Carlos á Clemencia cuando ésta hubo finalizado.

—¡Qué expresión!; ¡qué ternura!

—Gracias—respondió con su habitual y helado acento la joven, en cuyo rostro y mirada se había apagado ya hasta el último rastro del entusiasmo.